

**Ludwig Reichhold: EL ADIOS A LA ILUSION PROLETARIA**  
(Fin del mito revolucionario). Madrid, Instituto de Estudios  
Políticos, 1975.

En la citada obra, su autor expone con claridad y abundancia de datos la falsedad que supone considerar al proletariado como una clase auténticamente revolucionaria como pretendía Marx.

La exposición de Reichhold, constituye una divulgación más que una novedad; no implica ningún descubrimiento y los datos que maneja son bien conocidos hace mucho tiempo. Pero es interesante reunirlos y explicarlos de forma sencilla, de manera que sea un medio de conocimiento general, sobre todo para personas que carecen de tiempo, sin que se precisen, por otro lado, profundos conocimientos filosóficos o de sociología.

Parte Reichhold de la afirmación de Marx, según la cual sólo el proletariado "por sus condiciones económicas reúne las condiciones intrínsecas necesarias para ser una clase auténticamente revolucionaria".

Para el autor del libro que comentamos, el aserto de Marx no es cierto. El proletariado no reúne en sí condiciones esenciales para ser una clase revolucionaria, pues carece de preparación e incluso de idealismo para hacer la revolución.

El proletariado es simplemente una clase subdesarrollada que lucha por mejorar sus condiciones de vida, y, al conseguir elevarse pierde todo el impulso subversivo que le atribuía Marx.

El proletariado, lo que ha sido en realidad, es una clase manejada por el marxismo, o más exactamente por la "intelligentsia" marxista, cuyos hábitos y costumbres son totalmente diferentes a los del proletariado, al que ha manipulado a su antojo en provecho de la subversión que ellos propugnan. Por su educación y formación, los intelectuales marxistas se erigieron en mentores de la clase trabajadora socialista.

El maquinismo no produjo, como previó Marx, un aumento del proletariado, sino, por el contrario, una mejora de la clase trabajadora.

La automatización aumentó esta mejora, y los empresarios comprendieron que en una sociedad de consumo como la que se había

originado, lo que interesaba era fomentar el gasto y la adquisición de productos por todas las clases sociales, incluidos los proletarios, por lo cual era importante que éstos gozasen de mayores ingresos.

Las ganancias de la empresa, ni siquiera ya dirigida por sus dueños sino por técnicos especializados ajenos a la misma, ya no tenían que ser exclusivamente para los capitalistas, sino que al aumentar las ventas, los grandes beneficios obtenidos daban para poder repartirlos entre todos los elementos que intervenían en la producción.

La automatización, a más de elevar el nivel económico de los trabajadores, facilitó, por otro lado, su tarea, transformando a los trabajadores de obreros con mono sucio en "personal con bata blanca", encargado de pulsar botones y mandos de las máquinas.

Así, la agresividad de las primeras sociedades de obreros evolucionó hacia sindicatos propulsores de reformas templadas de reivindicación social, aunque no siempre curados del virus marxista.

El movimiento obrero, concluye Reichhold, después de un siglo de experiencias y debido a las nuevas circunstancias derivadas de la revolución industrial y tecnológica, está fatalmente condenado a dar el definitivo adiós a la ilusión proletaria y al mito revolucionario de la clase trabajadora, sembrado en ella por los agitadores de la "intelligentsia" marxista.

Esto no quiere decir, sin embargo, que la presión revolucionaria haya cedido, sino que en su afán subversivo busca otros elementos que sirvan a su objetivo, como son los estudiantes, animados con frecuencia por generosos impulsos, y, como siempre, los ateos más o menos intelectuales o "científicos".

La "nueva izquierda", burguesa y con frecuencia capitalista, asociada a teorías freudianas y anarquistas, persigue la destrucción del orden social cristiano con puras fantasías —"utopías reales"— emanadas de su imaginación calenturienta, por lo que podría decirse, al ignorar brutalmente la realidad social, que no están "ni en la derecha económica" ni siquiera en la "izquierda ideológica", sino que, simplemente, están "en las nubes".

G. A. C.